

DE LA CRISIS A LA POST-CRISIS: UNA HOJA DE RUTA PARA POPULARES EUROPEOS

Un artículo de Mariano Rajoy, Presidente del Gobierno de España, para “Die Politische Meinung” de la Fundación Konrad Adenauer.

Toda prospección del futuro requiere de un examen del presente y de una reflexión sobre el pasado. Es la manera más certera de reconocernos en nuestras señas de identidad, cartografiar la continuidad de nuestros valores e implantar estrategias y modular mensajes de cara a los retos que hemos de afrontar, tanto a nivel nacional como europeo.

En este sentido, al aproximarse a los partidos populares europeos, llama la atención un primer rasgo distintivo: la acumulación de un extraordinario capital político. Para constatarlo, no hace falta más que recorrer los distintos parlamentos nacionales, o detenerse en la importancia que, ayer como hoy, tenemos los populares en las instituciones europeas. Este capital político se sustancia, por tanto, en primer lugar, en un enorme caudal de confianza ciudadana.

En segundo lugar, contamos con otro activo incomparable: la influencia que, desde la posguerra hasta hoy, han ejercido nuestros partidos a la hora de definir y dejar una huella positiva en la política continental. En efecto, los partidos populares en Europa han contribuido de modo sustancial al impulso de las democracias constitucionales, la economía social de mercado, las sociedades abiertas y la expansión de las clases medias, nociones todas hoy globalizadas por reconocerse como pilares de nuestro gran logro: fraguar la que, sin duda, es la sociedad menos injusta de la historia.

Por otra parte, sin las ideas y valores –y sin la determinación política- de nuestros más ilustres predecesores en el siglo XX, tampoco podríamos hablar de la unidad europea en lo que tiene de sutura histórica, de proyecto de concordia y de creación de un espacio de paz, libertad y prosperidad sin precedentes.

Por último, nuestros partidos populares también han tenido la virtud de amalgamar distintas tradiciones de pensamiento y distintas sensibilidades para articular proyectos políticos con un denominador común marcado por el espíritu reformista, el talante de moderación y el servicio al interés general. En definitiva, este acierto a la hora de compatibilizar nuestras raíces ilustradas, humanistas, democristianas, comunitaristas y liberales nos han configurado como partidos de mayorías y plataformas de consenso, capaces de atraer a las amplias capas medias que constituyen la médula de nuestras sociedades y ser espejo y cauce de su pluralismo. Junto a ello, la experiencia nacional de cada partido a la hora de ofrecer un proyecto de futuro estimulante para su país no deja de enriquecer un vínculo compartido por todos como es nuestra común apuesta europeísta.

Tenemos motivos sobrados, por tanto, para estar orgullosos de nuestro legado como populares europeos. Pero los logros conseguidos no han de quedar tan sólo como una apología de nuestro pasado, porque son también la medida con la que se nos ha de comparar y el listón que estamos llamados a batir. Y aquí los retos no sólo son incesantes: también son crecientemente complejos. En la Europa que se esfuerza por dejar atrás la crisis, ¿qué hoja de ruta tenemos que seguir para navegar con éxito la postcrisis? Sin duda alguna, cada país tiene sus prioridades. Pero, a escala europea, bien pueden plantearse unas consideraciones comunes para, como mínimo, incoar el debate.

- **Siempre es tiempo para la política de calidad.** La crisis económica ha dejado en Europa un rastro de malestar. Como ocurre, de manera indefectible, en estos casos, no son pocos los que buscan aprovechar *pro domo sua* el desencanto, cuando no el sufrimiento, de los ciudadanos, propugnando soluciones fáciles –y falsas- a problemas complejos. En estos últimos tiempos, hemos podido ver cómo, a izquierda y derecha, Europa ha visto reactivarse tentaciones y fantasmas que creímos olvidados para siempre, notablemente el populismo y el nacionalismo, viejos enemigos de las sociedades abiertas. Apuntalar el prestigio de la política, recuperar la razón moral de la palabra, vigorizar nuestras instituciones, abrazar la transparencia y la participación ciudadana como obligaciones y no como meras opciones, son elementos clave para la restauración de la confianza en los poderes públicos mediante la reconexión con esas mayorías moderadas que vertebran a las naciones y dan fortaleza y credibilidad a su política.
- **Reforma frente a ruptura.** De nada sirve engañarse: si el deterioro del prestigio de la política y las instituciones es una derivada de la crisis, regenerar los tejidos de la confianza exige una salida visible de la crisis y plantear un nuevo escenario después de la batalla. La experiencia vivida estos años nos sirve de guía: las únicas soluciones realistas se han encauzado a través de proyectos de reforma, capaces de plasmar políticas nuevas sin alterar los grandes consensos ciudadanos ni trastocar la arquitectura de nuestras instituciones. Hoy como ayer, la utopía no es política, ni la ruptura es solución. Por el contrario, la política sigue siendo el arte de la reforma permanente para evitar la ruptura irreversible. Como Bentham, “busquemos solamente lo posible, que harto vasta es la tarea para las mentes más lúcidas y los hombres más valiosos”.
- **El reto del crecimiento, la esperanza de la prosperidad.** La política, desde luego, atiende a la gestión ordinaria de lo público. Pero ni siquiera hace falta haberse comprometido, como nosotros lo hemos hecho, con unas siglas determinadas, para saber que nuestros ciudadanos buscan en la política proyectos sugerentes, esperanzas y certidumbres de cara a su futuro. En estos duros años de la crisis, hemos vivido en nuestras propias carnes lo que ya sabíamos por la teoría: en primer lugar, que sin políticas activas y responsables de reforma, el crecimiento ininterrumpido pertenece a la categoría de los mitos. Y, en segundo lugar, que esa misma relajación reformista puede causar una rápida gangrena de nuestro tejido económico y social, algo especialmente visible y doloroso en las intolerables cifras de paro que arrastramos en

diversos países europeos. El daño causado entre nuestros ciudadanos por la crisis es una toma de conciencia de la dimensión humana de la economía y, al mismo tiempo, una apelación a la responsabilidad de los gobernantes para restañar las heridas de unas sociedades que han estado desmoralizadas, sin oportunidades ni horizontes. Desde este punto de vista, persistir en las reformas a escala nacional y europea es el contraveneno necesario para poner punto y final al desaliento y el daño social causado por la crisis. Así, volver al crecimiento y a la creación de empleo, como ya está haciendo Europa, es la única manera de devolver a nuestras sociedades la mercancía más escasa de estos años: la esperanza. Y de asegurar un horizonte de tranquilidad, estabilidad y prosperidad a nuestros ciudadanos.

- **El alma social.** Los partidos populares se erigen como servidores del consenso en nuestras sociedades. Uno de los consensos históricos de la Europa de posguerra, con plena vigencia y solidez en nuestros días, es la articulación de un Estado social capaz de afrontar la desigualdad y expandir las oportunidades, universalizando derechos y prestaciones antes reservados a unos pocos. Este noble empeño ha sido uno de los grandes logros políticos y morales del último medio siglo, con éxitos indudables en la cohesión de nuestras sociedades. Su efectividad y validez no puede ponerse en duda: es más, la crisis económica no ha hecho más que corroborar su eficacia. Porque, en efecto, la crisis ha dejado profundas heridas en nuestras comunidades, y sin embargo, es de justicia reconocer que nunca Europa ha salido de una crisis con un grado comparable de cohesión social. Al tiempo, la experiencia vivida nos deja lecciones. En primer lugar, que las prestaciones y servicios del Estado social han de pensarse, por parte de los poderes públicos, con criterios de sostenibilidad de cara al largo plazo. En segundo lugar, debemos hacer pedagogía para poner en valor la ejecutoria de los partidos populares en materia de bienestar. Es decir, no podemos dejarnos arrebatar la bandera de la sensibilidad, ni dejar de enfatizar la ética de la responsabilidad que ha guiado nuestras acciones para apuntalar un Estado del Bienestar amenazado por el cortoplacismo interesado de las políticas socialdemócratas. Por último, debemos propagar una verdad autoevidente: que el crecimiento económico, el empleo y la generalización de la prosperidad constituyen la mejor de las políticas sociales.
- **Una suma de fuerzas ante la globalización.** Es común hoy escuchar quejas desencantadas que hablan del final de los grandes relatos. Sin embargo, tenemos uno visible ante nuestros ojos: el gran relato de la Europa unida, aquel magno proyecto que comenzó por el comercio del carbón y del acero y que se ha ido expandiendo hasta constituirse en un mercado común y en un proyecto político y económico compartido hacia el futuro. Los avances –más lentos o más rápidos- a escala europea han sido tan sólidos y visibles como para haber despertado la emulación en un mundo que, cada vez más, apuesta por grandes proyectos de integración regional. Si en ocasiones, en estos últimos tiempos, se ha afirmado que hay que renovar la narrativa del proyecto europeo, bien podemos plantear a nuestros electorados la necesidad de una mayor armonización política y compactación económica a escala continental

para seguir manteniendo nuestra forma de vida y nuestro peso en el mundo. Dicho con otras palabras: la integración que representa la Unión Europea supone, para cada uno de sus miembros, una suma de fuerzas necesaria para dar una respuesta exitosa a los retos y oportunidades de la economía globalizada. Esa es hoy la apuesta que representa el proyecto europeo y el santo y seña de nuestro europeísmo.

- **Populares en la democracia mediática.** ¿Hay alguien que vea todavía las nuevas –ya no tan nuevas- tecnologías como una amenaza y no como una oportunidad? Sociedades abiertas como las nuestras no podían menos que maximizar sus enormes potencialidades para la participación y el debate. Las redes son la nueva ágora de la política. Están para quedarse, porque no son el futuro, sino el presente que vivimos cada día, directamente en nuestra tableta o nuestro smartphone. Y su papel va a ser cada día más central en la propuesta y la crítica de la acción política. Sin credulidades acríticas, los retos no son menores: ¿Cómo transmitir mensajes, con frecuencia complejos, en el espacio de un tuit? ¿Cómo permear en una sociedad reclamada en su atención por mil estímulos? ¿Cómo comunicar de modo efectivo sin banalizar ni trivializar nuestro mensaje? Vamos aprendiendo cada día, a la misma velocidad con que adelantan las tecnologías. No faltan experiencias de éxito –ni errores- sobre los que reflexionar y extraer conclusiones. Pero ya tenemos realidades inamovibles. Una es de ellas es la reafirmación de que la comunicación es, de modo irreversible, un integrante más de toda acción política. Otra es la obligatoriedad de prepararse para el debate político allí donde se da el debate político en sus nuevos formatos. Quien aproveche estas oportunidades, no sólo podrá comunicar: podrá convencer y movilizar. Y quien pierda estas oportunidades, perderá algo más que las elecciones: también dejará de hacerse oír entre los ciudadanos.
- **La centralidad de la persona, la dimensión de la comunidad.** Los partidos populares compartimos la convicción de que los poderes públicos deben servir, nunca guiar ni imponer, a unas personas por su propia naturaleza dotadas de libertad y autonomía. ¿Cómo pensar de otra manera tras la experiencia del siglo XX? En este sentido, el papel de los Estados debe siempre tender a un rol subsidiario, respetuoso en todo caso de la responsabilidad del individuo y de su capacidad de emprendimiento, así como garante de la meritocracia necesaria a toda sociedad madura. Es asimismo necesario para los poderes públicos dejar espacios de acción para la creatividad de la sociedad civil y la espontaneidad de los vínculos comunitarios creados en libertad por nuestros ciudadanos.
- **La seducción de nuestros valores.** Si los partidos populares han dejado una impronta positiva en la política europea, ha sido por apostar por sus principios en contra de los oportunismos que van surgiendo cada día. La experiencia histórica ha avalado la bondad y efectividad de esos principios. Por tanto, nuestras ideas y valores tienen un salvoconducto de plena validez para circular en el mundo de hoy sin complejo ninguno y sin necesidad de pedir perdón. El corpus de nuestros principios cuenta con un bagaje intelectual, un prestigio moral, una llegada popular y una

sustantivación política con la que pocos –por no decir ninguno- pueden compararse. En tiempos en que nuestras sociedades buscan respuestas, no rehuamos el debate y la confrontación de ideas: la eficacia en la gestión debe verse acompañada con una pedagogía que haga honor a la capacidad de seducción de nuestros valores y vaya sumándoles nuevas adhesiones cada día.